

Homily for the Meeting of Bishops from the Border

March 4, 2020 – San Juan del Valle Basilica

We celebrate the season of Lent to accept in a more intense way the invitation of Jesus to be more closely united with Him on the cross, thereby dying with Him to sin, to the snares of our enemy, to selfishness and to the possibility of eternal death. This with the intention of rising with Him on Easter Sunday to a life richer in grace and mercy. This requires a constant personal conversion, but for us who have been entrusted with the care of God's People, it also implies a constant pastoral conversion.

The vice of the generation about which Jesus speaks in today's Gospel is the quest for signs and only signs from the Lord. Who of us doesn't like signs that show that the Lord is active in our life? What we have to be constantly reminded of is that those signs often come in ways for which we are not prepared and which we don't even expect.

It is true today that the constant hunt for signs produces a faith that needs a constant production of miracles and other supernatural events in order to survive. We probably have seen how good preachers that come to our local churches to teach about the depth of the Gospel, the importance of stewardship, the way of organizing ourselves better to help those who are vulnerable and other central topics of the gospel, are not always followed by crowds. But when someone known for his or her healing gifts comes to offer services, those ones are probably the most popular events in our territories. This is where we are reminded that we are in need of a constant personal and pastoral conversion.

In today's Gospel, Jesus is not against all sorts of signs. Actually, he promises the sign of Jonah. Many years ago, then Cardinal Joseph Ratzinger, was invited to preach the spiritual exercises to the Roman Curia. There he explained the relevance of the Jonah's sign. He

mentioned three characteristics that made of Johan an important instrument from God to produce conversion. The first one had to do with the perversion of Nineveh. For sure, the Ninevites were aware of the fruits of the perversion of the city, and understood that conversion was a reasonable proposal. The second thing is that they saw in Jonah no personal interest in his quest. He was a Jewish preacher calling a foreign nation. His message was not tainted with self-interest. Third, they saw in him the signs of his own struggles, especially embracing his mission after the experience of being in the whale's belly. So, my dear brothers, can the People of God see those signs in us too?

Truly, many sincere souls, some not even part of the Church we lead, can perceive the perversion of our own society: a society that kills the unborn and that rejects the stranger, that shows disdain to those who are seeking refuge. Pope Francis has clearly taught us, referring to migrants and refugees: "In addition to the hardships that their condition entails, they are often looked down upon and considered the source of all society's ills. That attitude is an alarm bell warning of the moral decline we will face if we continue to give ground to the throw-away culture." There is no doubt that many honest people show pain when they confront this picture. Can we be as effective as Jonah was in calling our cities to conversion? Can they also perceive in us a heart that has no real self-interest? Do they also see in us, their ministers, the signs of all the battles we have fought? Do they see that we defend the vulnerable by becoming vulnerable just as our Lord did?

May our Lady of Guadalupe, who was herself a sign of God's desire to reach out for His People, intercede for us and inspire us as we embrace this challenging quest.

Homilía para la reunión de los Obispos fronterizos

4 de marzo de 2020 – Basílica de San Juan

Celebramos la temporada de Cuaresma para aceptar de manera más intensa la invitación de Jesús a unirnos más estrechamente con Él en la cruz, muriendo así con Él al pecado, a las trampas de nuestro enemigo, al egoísmo y a la posibilidad de la muerte eterna. Esto con la intención de resucitar con Él el domingo de Pascua a una vida más rica en gracia y misericordia. Esto requiere una conversión personal constante, pero para nosotros a quienes se nos ha confiado el cuidado del pueblo de Dios, también implica una conversión pastoral constante.

El vicio de la generación sobre la cual Jesús habla en el Evangelio de hoy es la búsqueda de señales y sólo señales del Señor. ¿A quién de nosotros no le gustan las señales que muestran que el Señor está activo en nuestra vida? Lo que debemos recordar constantemente es que esos signos a menudo se presentan de maneras en las que no estamos preparados y que ni siquiera esperamos.

Es cierto que la búsqueda constante de signos produce una fe que necesita una aparición constante de milagros y otros eventos sobrenaturales para sobrevivir. Probablemente hemos visto cómo los buenos predicadores que vienen a nuestras iglesias locales para enseñar sobre la profundidad del Evangelio, la importancia de la corresponsabilidad, la forma de organizarnos mejor para ayudar a aquellos que son vulnerables y otros temas centrales del Evangelio, no siempre son seguidos por multitudes. Pero cuando alguien conocido por sus dones de sanación viene a ofrecer servicios, éstos son probablemente los eventos más populares en nuestros territorios. Aquí es donde se nos recuerda que necesitamos una conversión personal y pastoral constante.

En el Evangelio de hoy, Jesús no está en contra de todo tipo de señales. En realidad, promete la señal de Jonás. Hace muchos años, el entonces cardenal Joseph Ratzinger, fue invitado a predicar los

ejercicios espirituales a la Curia romana. Allí explicó la relevancia de la señal de Jonás. Mencionó tres características que hicieron de Jonás un instrumento importante de Dios para producir la conversión. El primero tenía que ver con la perversión de Nínive. Por supuesto, los ninivitas estaban al tanto de los frutos de la perversión de la ciudad, y entendieron que la conversión era una propuesta razonable. Lo segundo es que no vieron en Jonás ningún interés personal en su labor. Era un predicador judío que llamaba una nación extranjera. Su mensaje no estaba manchado por el interés propio. Tercero, vieron en él los signos de sus propias luchas, especialmente abrazando su misión después de la experiencia de estar en el vientre de la ballena. Entonces, mis queridos hermanos, ¿puede el Pueblo de Dios ver esas señales en nosotros también?

Verdaderamente, muchas almas sinceras, algunas que ni siquiera son parte de la Iglesia que lideramos, pueden percibir la perversión de nuestra propia sociedad: una sociedad que mata a los no nacidos y que rechaza al extranjero, que muestra desdén hacia quienes buscan refugio. El Papa Francisco nos ha enseñado claramente, refiriéndose a los migrantes y refugiados: “Además de las dificultades que conlleva su condición, a menudo son menospreciados y considerados la fuente de todos los males de la sociedad. Esa actitud es una alarma que advierte sobre el declive moral que enfrentaremos si continuamos dando terreno a la cultura del descarte.” No hay duda de que muchas personas honestas muestran dolor cuando se enfrentan a esta imagen. ¿Podemos ser tan efectivos como lo fue Jonás al llamar a nuestras ciudades a la conversión? ¿Pueden también percibir en nosotros un corazón que no tiene interés propio? ¿También ven en nosotros, sus ministros, los signos de todas las batallas que hemos librado? ¿Ven que defendemos a los vulnerables volviéndonos vulnerables tal como lo hizo nuestro Señor?

Que nuestra Señora de Guadalupe, quien fue una señal del deseo de Dios de alcanzar a su pueblo, interceda por nosotros y nos inspire mientras abrazamos esta desafiante búsqueda.